

musicalismo venezolano

Primera engarzada en 1930

La noche del domingo 11 de este mes, en audición privada en el Teatro Municipal, el Orfeón Lamas presentó al músico italiano Franco Alfano, huésped nuestro en esos momentos, algunas obras musicales realizadas por compositores venezolanos. El maestro Alfano había manifestado deseos de conocer algo del folk-lore nuestro, deseos bastante difíciles de satisfacer en cualquier otra oportunidad, pero afortunadamente existe el Orfeón Lamas—órgano de integración venezolana, incitación a la creación, producto de 1930—, y por lo tanto ha quedado resuelta una de nuestras tremendas dificultades: la divulgación de nuestra música. Tanto éste como la Orquesta Sinfónica Venezuela—expansión, valorización; su producto: esmerilización de la conciencia musical—prueban evidentemente la fecundidad del esfuerzo realizado por nuestros músicos en el pasado año de 1930.

Fué solamente en ese año que éstos clavaron su primer impulso en el blanco—demasiado blando de nuestro campo musical. Porque hasta ahora, si se ha hecho música en Venezuela—otro enfoque es necesario para 1785 y las resultantes del movimiento de Blandín—el interés de ésta ha sido muy relativo, más que todo ocasional. Y es que estas obras han sido producidas—snobismo o deficiencia en la producción—en una perfecta ausencia de calidades esencialmente venezolanas. Y para nosotros la obra que no contenga valores nuestros—tendencia en convertirse en tradición, lealtad al suelo—carece hoy de verdadero interés.

Y es que hasta ahora los músicos de Venezuela han trabajado sus fibras artísticas asomados a balcones contemplativos de fórmulas de la cultura occidental, sin querer comprender—autoobligación por desconfianza de su personalidad—que el verdadero germen—el único—de nuestra música—y el de todas las músicas americanas, en este momento de desmoronamiento de fórmula y maquillaje europeos—se encuentra bajo nuestras plantas. Cualquier obra artística actual realizada bajo la influencia de procedimientos extraños—invernaderos tropicales—podrá contener cantidad de valores—extrínsecos—estéticos. Pero su verdadero valor—intrínseco—será completamente fugaz. Porque nuestros problemas sociales, económicos, políticos, son distintos a los problemas occidentales. También nuestra manera de sentir—o reaccionar. Consecuencialmente nuestra lógica estética, sobre todo en música, debe tener una dirección completamente opues-

ta. Dirección de nacimiento, nunca de supeditación, de imitación—Poseemos rincones, escasos—pero bellos. Sondeémoslos, respirando su atmósfera. Recobremos a todo riesgo lo que se ha querido desechar o no se ha querido comprender—lo más valioso—y, convirtiéndolo en violencia, forcémoslo contra nuestra tierra, haciendo sangrar sus eternas virginidades. Perforadores fáciles, sorprenderemos con un brote de arte verdadero.

Y es ese esfuerzo—aunque con pequeños titubeos—el que han iniciado nuestros músicos el año pasado. Sus frutos son evidentes: dos agrupaciones musicales organizadas, y obras realizadas para coros y para orquesta, separada y conjuntamente.

Por los volúmenes de voces del Orfeón han desfilado retoños de savia nuestra pulimentados por Sojo, Plaza, Moleiro y Calcaño—conjuntamente con excelentes obras de otro carácter, como el Motete de Sojo—y la Sinfónica nos ha hecho oír con motivo del Centenario de la muerte de Bolívar, dos obras de largo alcance: una Misa de Requien del maestro Sojo (Orquesta, coro a tres voces oscuras y órgano) y Las Horas (Orquesta y Coro) de Juan B. Plaza, Poema de Fernando Paz Castillo.

La Misa de Requien de Sojo es indudablemente la obra mejor lograda de nuestro movimiento musical. De perfecto equilibrio, sobre el fondo de su armonía compacta—paleta pardo rojiza—se destaca un fino contrapunto, esencialmente fino, pulverizado, de excelente belleza musical. La instrumentación bastante pareja, con sólido equilibrio de los cobres.

Las Horas del maestro Plaza constituyen un saliente en la obra de este compositor. Excelente color y gran fluidez melódica. Sus bellas cualidades ya las ha hecho notar Sojo en crónica publicada hace pocos días en esta misma Revista. Apuntar más sería sobrecargar.

He aquí un ligero esquema del 1930 musical, creador de problemas. Cada problema resuelto engendra una nueva serie por resolver, como el hierro, que deja un racimo de luces ante la presencia del golpe, que lo resuelve en acero. El 1931 lo tenemos delante, con las aristas salientes de sus inquietudes, en espera del vigoroso empujón que las solucione. Pero, ya dirá el 32.

Inocente PALACIOS CASPERS.

Caracas: Enero de 1931.

(Para ELITE).

